

HISTORIA, POLÍTICA E IDEOLOGÍA EN LA CELEBRACIÓN DEL CENTENARIO MEXICANO

Tomás Pérez Vejo

Escuela Nacional de Antropología e Historia

MÉXICO EN LA ENCRUCIJADA DEL CENTENARIO

En ese particular siglo XIX que fue el mexicano, largo si se considera que incluye la primera década del XX y corto si nos atenemos al hecho de que en sentido estricto no habría comenzado sino hasta 1820, la fecha de 1910 tiene un especial significado simbólico. Conmemoración de los primeros 100 años de vida independiente, aunque en realidad sólo hubieran pasado 90 de la proclamación efectiva de la independencia, y fin de un ciclo histórico, aunque eso los contemporáneos todavía no lo sabían, fue un momento propicio para una reflexión colectiva sobre lo que el país era, de dónde venía y hacia dónde se dirigía. Un enmarañado debate histórico-político-ideológico al que el paso del tiempo ha convertido en un preciso y precioso documento sobre el proceso de construcción nacional en México. Si todo el siglo XIX estuvo recorrido por una fuerte pulsión historicista, que hizo de la historia el paradigma del pensamiento

social hegemónico, la celebración del Centenario se convirtió en su broche de oro final.¹ El momento en que el Estado mexicano pudo desplegar de manera más clara y coherente su relato sobre el ser de la nación. Este discurso historiográfico, nacional y nacionalista, no pudo sustraerse, sin embargo, a la complejidad del proceso de imaginación de México en el que el nuevo Estado-nación se había visto obligado a embarcarse desde el mismo momento de su proclamación como entidad política independiente y soberana.

Como ya he explicado más detenidamente en otras ocasiones,² la vida política mexicana del siglo XIX estuvo marcada por la existencia de dos proyectos alternativos de nación que descansaban, como casi toda definición identitaria, en un completo discurso histórico en el que el pasado, los “derechos de los muertos”,³ determinaba el presente y condicionaba el futuro. Para uno de estos proyectos, la nación mexicana era la heredera y continuadora del mundo prehispánico, la conquista y la colonia un desgraciado paréntesis y la independencia la justa venganza de lo ocurrido 300 años antes; para el otro, por el contrario, el fruto de la conquista, heredera y continuadora del mundo colonial, la cuna en la que se había formado, y la independencia sólo el resultado de un proceso de crecimiento natural que

¹ En el caso de México final en sentido estricto pues como ha sabido ver muy bien Annick Lempérière, comparando las celebraciones de los centenarios de 1810 y 1921, véase LEMPÉRIÈRE, “Los dos centenarios”, la Revolución marcó el desplazamiento de la historia por la antropología como modelo de comprensión social y de memoria colectiva.

² Véase en particular PÉREZ VEJO, *España en el debate público mexicano*.

³ Sobre el peso del pasado y de “los derechos de los muertos” en los discursos nacionalistas véase O'BRIEN, *Ancestral Voices*.

llevaba a los hijos a separarse de los padres una vez alcanzada la edad adulta. Dos metáforas de la nación, incompatibles, que se plasmaron visiblemente en dos celebraciones de la independencia: el grito de Dolores para los primeros y la entrada del Ejército Trigarante en la ciudad de México para los segundos;⁴ y en dos padres de la patria: Hidalgo e Iturbide respectivamente.

El segundo de los dos proyectos fue derrotado, aparentemente de manera definitiva, con el fin del imperio de Maximiliano en 1867. Cabría suponer, como consecuencia, que la celebración del Centenario de 1910 hubiera sido sólo la entronización del primero, su proclamación solemne como “el” proyecto nacional. Y de alguna manera así fue, tal como se muestra en el monumento a la independencia, inaugurado en ese año de 1910 en el Paseo de la Reforma de la capital de la República. La construcción de un gran monumento a la independencia había sido, lógicamente, el primer proyecto de memoria en piedra emprendido por el nuevo Estado. Tardó, sin embargo, casi un siglo en llevarse a cabo, entre otros motivos, por la dificultad para decidir los héroes que habían de ser enaltecidos en él. Ponerse de acuerdo sobre el lugar que Iturbide e Hidalgo debían ocupar en un monumento conmemorativo de la independencia resultaba realmente complicado. Si todavía en 1854 el ministro de Fomento escribía al presidente de la Junta de la Academia

⁴ Ya el Congreso Constituyente del Imperio debatió, agriamente, en los primeros meses de 1822, sobre cuál de los dos días debía ser declarado festivo en el nuevo calendario laico de la patria, decidiendo que ambos (decreto del 1º de marzo de 1822). Para la discusión sobre las fiestas cívicas en el Congreso Constituyente del Imperio véase GARRIDO ASPE-RÓ, *Fiestas cívicas históricas*.

de San Carlos, a propósito del nunca concluido monumento de la independencia en el Zócalo capitalino, que “en la inteligencia de que la estatua principal debe de ser la ecuestre del Libertador Iturbide, dándose el lugar que dignamente corresponde, a la de S.A.S. el General Presidente”,⁵ en el finalmente construido, de 1910, Iturbide, menos todavía Santa-Anna, no sólo no ocupa el lugar principal sino que hasta su nombre quedó relegado a un perdido rincón del fuste de la columna.⁶ Exclusión que fue acompañada de continuas alusiones a la herencia prehispánica como fundamento de la nacionalidad y que tuvo su expresión más explícita en piedra en el monumento erigido años antes en el mismo Paseo de la Reforma a Cuauhtémoc, construido “con los elementos de la soberbia arquitectura de nuestros antecesores”.⁷

Sin embargo, la exclusión del proyecto derrotado fue menos clara de lo que a primera vista pudiera parecer. Para

⁵ “Oficio del ministro de Fomento a Bernardo Couto, presidente de la Junta de la Academia de San Carlos, sobre el monumento nacional para la plaza principal”, 14 de enero de 1854 (AAASCM, doc. núm. 5592).

⁶ Así describe un periódico los personajes que sí fueron representados y por qué “Hidalgo es la figura central de la apoteosis de la independencia porque fue él quien tuvo la intrepidez [...] de acometer empresa tan grandiosa [...] Morelos está a la derecha de Hidalgo, porque es héroe y genio a un tiempo [...] Guerrero tiene un lugar de honor por haber sido el hombre de rara fe y de abnegación singularísima [...] Principalísimo sitio tenía que corresponder también a las estatuas de Mina, el valiente entre los valientes, y del generoso Nicolás Bravo, cuya clemencia parece divina”. “Cómo es la Columna de la Independencia. Descripción del hermoso monumento inaugurado ayer”, *El País* (17 sep. 1910).

⁷ “Sección editorial. El indio y el español”, *El Imparcial* (2 ago. 1910). En el mismo artículo se hace referencia a Chile y al hecho de que no haya allí todavía ningún monumento dedicado a Caupolican y Lautaro.

seguir en el campo de lo conmemorativo, y sin entrar en mayores detalles sobre un aspecto que es objeto de un artículo específico en este mismo número, la gran cabalgata histórica que tuvo lugar el 15 de septiembre de 1910 iniciaba con una representación del encuentro entre Cortés y Moctezuma, es decir, ponía en la conquista y no en el mundo prehispánico el origen de la nación mexicana; dedicaba un cuadro histórico completo a la “época de la dominación española”, 288 figurantes representaron a la sociedad de la Nueva España en toda la complejidad de su organización jerárquica y corporativa, no se excluía por lo tanto al virreinato del pasado nacional, tal como el primer proyecto exigía;⁸ y de la independencia, había carros alegóricos dedicados a Hidalgo y a Morelos pero la cabalgata no representaba el grito de Dolores sino la entrada en México del Ejército de las Tres Garantías, devolviéndole a Iturbide el lugar que se le negaba en la columna. Es decir, lo que se narró en la cabalgata no fue exactamente lo contrario de lo que se fijó en piedra en el monumento del Paseo de la Reforma, pero algo hay de eso.

Si del campo de las imágenes pasamos al de los discursos y a las polémicas periodísticas, la hegemonía del primero de los dos proyectos de nación resulta todavía mucho menos

⁸ Esta presencia de la conquista y la colonia fue interpretada como un reconocimiento explícito al lugar de España en el nacimiento de la nueva nación. “Hoy [...] predomina este reconocimiento de nuestra genealogía, como lo demuestran muchos de los cuadros evocadores de la época colonial, que se están preparando para las fiestas del Centenario. Hernán Cortés, y con él nuestra civilización naciente, tiene tanto derecho a ser glorificado en esta retrospectiva, como las veneradas figuras de nuestros héroes mártires”, “De domingo a domingo”, *El País* (15 mayo 1910).

clara. Las afirmaciones de que Cortés había sido el fundador de la nacionalidad mexicana se suceden en artículos y discursos; también las reivindicaciones del lugar de Iturbide en la gesta de la independencia. Pareciera como si cumplidos los primeros 100 años de vida independiente, 90 en sentido estricto, la vieja polémica sobre el ser de la nación mexicana siguiera todavía plenamente vigente y que sólo la posterior Revolución la zanjaría definitivamente con el triunfo de la versión más indigenista del primer proyecto. Un definitivamente relativo, que quizás habría que poner entre comillas, pero que no es el objetivo de este trabajo.

Para entender esta pervivencia del viejo debate identitario es preciso considerar dos aspectos directamente interrelacionados: su componente ideológico y la peculiar ubicación político-ideológica del porfirismo. Sobre lo primero, a pesar de que las líneas de fractura no coinciden exactamente, se podría afirmar que, de manera general, el primero es el proyecto de los liberales y el segundo el de los conservadores.⁹ Y aquí entraría en escena el segundo aspecto, el de la ubicación político-ideológica del porfirismo. Una de sus peculiaridades es que, si por un lado representa, sin solución de continuidad, la culminación del proyecto político liberal (a pesar de lo que la historiografía

⁹ La coincidencia no es exacta ya que conflictos identitarios e ideológicos no siempre se solapan. Ejemplo de esta no coincidencia sería el caso de Francisco Cosmes, periodista liberal que será, sin embargo, en estos años finales del porfiriato, uno de los más acérrimos defensores de la idea de que México había nacido con la conquista y de que Cortés era “el padre” de la nacionalidad mexicana. Véase COSMES, *La dominación española*. Para un análisis más detallado de las relaciones entre conflictos identitarios e ideológicos véase PÉREZ VEJO, *España en el debate público mexicano*, pp. 23-27.

nacida de la Revolución haya afirmado una y otra vez resulta difícil santificar a Juárez y demonizar a Díaz, las continuidades entre ellos son mayores que las rupturas);¹⁰ por otro, es su culminación pero en clave “moderada”, lo que lleva a que su rechazo de los posicionamientos conservadores, entre ellos los identitarios, sea muy matizada. Es lo que ocurre, por ejemplo, en el relato canónico sobre la nación mexicana, una nación es sólo la fe en un relato compartido,¹¹ desplegado ya en *México a través de los siglos*. En esta obra, publicada en 1880, la generación que había derrotado a los conservadores imagina una historia de México en la que, si bien su origen es el mundo prehispánico, la época virreinal no sólo es incluida como parte de la historia de la nación —el tomo II está dedicado completo al periodo virreinal—, sino que como afirma literalmente el director de la obra, Vicente Riva Palacio, es con sus aportaciones con las que realmente se construye la nación: “con tan extraños elementos [los aportados por los conquistadores] formose en el siglo XVI el embrión de un pueblo que con el transcurso de los años debía ser una república independiente”.¹² Una especie de solución salomónica, ni indios ni españoles sino el resultado de la mezcla de ambos. Algo que Justo Sierra resumirá, ya en pleno porfiriato, 1902, en la afirmación de

¹⁰ Algo que el discurso público del porfiriato no dejará de repetir una y otra vez, por ejemplo con motivo de la construcción del Hemiciclo a Juárez en 1910, cuando, según la *Crónica oficial de las fiestas del primer centenario de la independencia*, “se confundió los nombres gloriosos del gran Reformista y del ilustre Caudillo”. GARCÍA, *Crónica oficial*, p. 176.

¹¹ Sobre estos aspectos véase PÉREZ VEJO, *Nación, identidad nacional y otros mitos nacionalistas*.

¹² RIVA PALACIO, *El virreinato*, p. ix.

que “los mexicanos somos los hijos de los dos pueblos y de las dos razas; nacimos de la conquista; nuestras raíces están en la tierra que habitaron los pueblos aborígenes y en el suelo español. Este hecho domina toda nuestra historia; a él debemos nuestra alma”.¹³

Una metáfora, la del mestizaje como fundamento de la nacionalidad, que acabó calando en gran parte de la cultura de la época y que aflora continuamente en polémicas y debates, al margen de estas grandes obras eruditas:

[...] orgullosos nos sentimos los mexicanos de nuestra sangre española, más no por ello tenemos por menos descender también de los indios, y aun creemos que de la fusión de estas dos sangres heroicas, sangre de los conquistadores y de los héroes indígenas, se ha formado una raza fuerte, la raza nuestra [...]. No hay pues entre nosotros este dilema: o indios o españoles. Somos mexicanos.¹⁴

Prueba de que la metáfora del mestizaje y de que México era fruto de la conquista y no de la resurrección del mundo prehispánico se había convertido en parte del discurso oficial la tenemos en que fue utilizada, incluso, en un acto tan poco propicio para este tipo de expresiones como la inauguración del monumento de la independencia, en que Miguel Macedo afirmó que la lucha por la independencia había estallado “como una explosión del odio de la nueva raza incubada durante la época colonial”.¹⁵ Lejos parecían

¹³ SIERRA, *Evolución política del pueblo mexicano*, p. 117.

¹⁴ “Sección editorial. Orgullo de raza”, *El Imparcial* (2 jul. 1910).

¹⁵ “Discurso de Miguel Macedo en el acto de inauguración del Monumento a la Independencia”, reproducido en “La inauguración del

ya quedar las llamadas a la raza derrotada y a los manes de Moctezuma de Carlos María de Bustamante y toda la publicista liberal de la primera mitad del siglo XIX.

La realidad fue que el discurso identitario conservador no desapareció sino que fue en gran parte asimilado e integrado por el porfiriato. Como consecuencia, la celebración del Centenario trajo nuevamente a la palestra pública todas las viejas polémicas decimonónicas: el éxito o fracaso de México como nación independiente, el lugar de Hidalgo e Iturbide en la gesta de la independencia, las relaciones con España y el pasado español, las relaciones con Estados Unidos, la existencia o no de una raza mexicana y sus características, el problema indígena, el lugar de los emigrantes en el futuro nacional, etcétera.

¿CIEN AÑOS DE PROGRESO O ESTADO FALLIDO?

El debate sobre el éxito o el fracaso de México como nación se instaló relativamente pronto en la vida mexicana del siglo XIX. Si la independencia había sido proclamada bajo el “síndrome de Humboldt”, la creencia por parte de las élites que la llevaron a cabo de que vivían en un territorio de riquezas fabulosas a las que sólo la mala administración virreinal impedía derramarse sobre una población libre y feliz, la realidad fue bastante menos luminosa y la sensación de fracaso comenzó a extenderse, con particular insistencia a partir de la intervención estadounidense de 1846-1848. Para la década de los cincuenta no resulta ya raro encontrar-

monumento a la independencia. Discurso del Sr. Lic. Don Miguel Macedo”, *El Imparcial* (17 sep. 1910).

se en la prensa (*El Correo*, *El Ómnibus*, etc.) artículos en los que se cuestiona si, visto el resultado (pérdida de los territorios del norte, inestabilidad política, crisis económica, etc.), la independencia había merecido realmente la pena y si el país no caminaba hacia su desaparición, absorbido por el vecino del norte.

El porfiriato rompió radicalmente con esta visión negativa y mantuvo, tanto hacia el interior como hacia el exterior, un discurso triunfalista en el que el progreso y la paz social se daban la mano para mostrar al mundo la realidad de un país moderno que formaba parte por derecho propio de las naciones “civilizadas” del planeta:

[...] si habéis asistido a la celebración de nuestro Centenario representando a los monarcas y jefes de Estado de casi todos los países del mundo civilizado, es porque México se encuentra en ocasión de poder mostrar a la faz del mundo que es un país digno de figurar en el concierto de las naciones civilizadas y un pueblo regenerado por el trabajo [...] Os recomiendo que cuando volváis a vuestros países, digáis a sus gobernantes el puesto que ha alcanzado México,¹⁶

el país destinado, junto a Argentina y Chile, a mostrar en el siglo xx “todos los esplendores de cultura de los que es capaz la estirpe hispano-americana”.¹⁷

El Centenario fue el escaparate donde exhibir esta imagen exitosa y a esto dedicó el régimen lo mejor de sus esfuer-

¹⁶ Discurso de Porfirio Díaz ante el embajador de Francia y los delegados de Bolivia, Holanda, Perú y Ecuador. Reproducido en *El Imparcial* (12 sep. 1910).

¹⁷ “Notas editoriales. Lo que en la Argentina vio un delegado mexicano”, *El Tiempo* (18 oct. 1910).

zos. No se trataba únicamente de conmemorar los primeros 100 años de vida independiente sino también de mostrar al mundo la prosperidad y bienestar alcanzados, “La celebración del Centenario no ha sido únicamente el homenaje [...] que una nación tributa a los caudillos de su emancipación, sino que como nota trascendental y significativa están ahí todos los actos que traducen el bienestar de la República”.¹⁸ Inauguraciones de edificios y servicios públicos se prolongaron durante todo el mes de septiembre. Las fiestas del Centenario se iniciaron con la inauguración de La Castañeda, un moderno hospital psiquiátrico, símbolo de la ciencia moderna, y siguieron con otras muchas del mismo o parecido tipo, cuyo objetivo evidente era mostrar esta imagen de progreso y desarrollo con el que el país se identificaba: inauguración de la Exposición de Higiene, colocación de la primera piedra de la cárcel de San Jerónimo Atlixco, inauguración de la Estación Sismológica Central, inauguración de las dos escuelas primarias superiores de la plaza de Villamil, inauguración del nuevo edificio de la Secretaría de Relaciones Exteriores, inauguración del edificio para la Escuela Normal de Maestras, inauguración del nuevo edificio de la Escuela Normal de Maestros, etc. México dejaba de ser “la nación vilipendiada, la nación inhospitalaria por la barbarie de sus leyes y costumbres, por la inestabilidad de sus instituciones políticas”, para ofrecer “al mundo el magnífico espectáculo de un pueblo rehabilitado”.¹⁹

¹⁸ “Sección editorial. De 1810 a 1910”, *El Imparcial* (17 sep. 1910). En este trabajo se presta especial atención a lo escrito en este periódico ya que representa en gran parte la postura oficial.

¹⁹ “Notas editoriales. Relámpagos y luz permanente”, *El Tiempo* (21 oct. 1910).

Sin embargo, un repaso a las polémicas y debates de la época deja una imagen más ambigua. No sólo es que los periódicos de la oposición, la prensa antirreleccionista, se empeñaran en mostrar conflictos y protestas de todo tipo, que dejaban ver un país menos idílico, sino que la propia prensa del régimen no parecía estar segura de que la realidad del país pudiera resumirse sólo en paz y progreso.

Ya el 1º de enero de 1910 el periódico oficialista por excelencia, *El Imparcial*, saludaba la entrada del año del Centenario, precisando que “Cien años es un día en la vida de las naciones” y que además no eran exactamente 100 años de vida independiente los que se celebraban ya que de éstos había que descontar “la larga etapa anárquica, el periodo triste y doloroso en el que hasta los más creyentes se creían autorizados para dudar de la viabilidad del joven Estado”.²⁰ Una precisión que se parece mucho a una excusa por no haber logrado aquello a lo que se aspiraba.

Para que no quedara ninguna duda de cuáles eran esas carencias que no se habían logrado subsanar, dos días más tarde de nuevo *El Imparcial* se lamentaba de que una de las cadenas que todavía no se había podido romper y que ataba al país con el pasado era la de la ignorancia y proponía que para celebrar el Centenario “se construya una escuela en cada lugar poblado de la República”.²¹ Propuesta que el resto de la prensa consideró loable pero completamente imposible de realizar. El analfabetismo era una auténtica plaga, la cifra de 85% de los mexicanos que no sabían leer ni escri-

²⁰ “Editorial. El año del Centenario”, *El Imparcial* (1º ene. 1910).

²¹ “Editorial. ¡Para algo han de servir las piedras!”, *El Imparcial* (3 ene. 1910).

bir les parecía plausible a todos, pero su solución inmediata no parecía factible. Una constatación que se avenía mal con el triunfalista discurso del progreso porfiriano. Y es que según la línea editorial mantenida por el portavoz oficioso del porfirismo una cosa era la independencia y otra muy distinta “la capacidad para gobernarse popularmente, democráticamente”. Un siglo de vida independiente correspondía a “la capacidad de México para vivir emancipado”,²² y en ese sentido la independencia había sido un éxito, pero no a la de vivir democráticamente, algo que el régimen porfirista estaba en camino de conseguir pero que todavía no había logrado. El camino del progreso era arduo y lleno de dificultades. Por lo demás ni siquiera estaba claro que México lo hubiera transitado con especial eficiencia, en comparación con el resto de las repúblicas hispanoamericanas. El que había sido el territorio más rico de la monarquía católica en América no sólo ya no mantenía su primacía sino que, como se había encargado de demostrar Maqueo Castellanos en un libro publicado en las puertas de la conmemoración del Centenario,²³ había sido superado en escuelas, población escolar, ingresos fiscales, líneas telegráficas, comercio internacional, etc., por muchas de las repúblicas hispanoamericanas, en particular Argentina, Chile y Brasil.

Sin embargo, en donde el discurso sobre progreso pareció encontrar su punto más débil no fue en la discusión sobre datos cuantitativos de progreso sino en una aparentemente absurda polémica a propósito de la propuesta del

²² “Sección editorial. Evolución y democracia”, *El Imparcial* (25 mayo 1910).

²³ MAQUEO CASTELLANOS, *Algunos problemas nacionales*.

periódico *El Imparcial*, secundada por *La Patria*, de “pantalones obligatorios” para todos. El argumento básico fue la mala imagen que el estado de desaseo de una población vestida todavía mayoritariamente con calzones daba de una metrópoli moderna, como era la ciudad de México, a los visitantes, tanto extranjeros como los provenientes de otras ciudades del interior de la República. Una imagen que podía hacer dudar de que el progreso y el desarrollo fueran tan claros como se pretendía.

Era un asunto absurdo pero enrevesado para el discurso oficial. “Vestir en calzoncillo [y] portar ropas desahuciadas del jabón” no era sólo un problema de imagen. Hacía aflorar otro de calado mucho más profundo que tenía que ver con el estado de postración de las clases populares y el fracaso del régimen para subsanarlo en sus largos años de “paz y progreso”. Lo que parece subyacer de fondo es una profunda desconfianza hacia la falta de civilidad de las clases bajas hundidas en la miseria moral y el alcoholismo, “el zumbido de zánganos de la mendicidad que llena nuestras calles, hiriendo el oído de los transeúntes con sus lastimeras demandas”.²⁴ Al hilo de la polémica salieron a relucir la embriaguez consuetudinaria, los reos desarrapados y envilecidos que ingresaban cada día en las cárceles de la ciudad, los niños dedicados a la mendicidad y al comercio ambulante, una imagen urbana bastante alejada de la que las grandes celebraciones querían mostrar. La postura oficial, expresada a través de *El Imparcial*, fue que el mal vestir, el desaseo y las conductas incívicas no eran consecuencia de

²⁴ “Notas editoriales. Rincones oscuros del cuadro”, *El Tiempo* (26 ago. 1910).

la miseria sino de “las aptitudes de raza, de propiedades del ‘medio’, de un pasado contra el cual no hemos reaccionado lo bastante”.²⁵ Y aquí aparecía el sempiterno problema de la raza en general y de la raza indígena en particular que como un fantasma había perseguido el proceso de construcción nacional en México durante el primer siglo de vida independiente y que la conmemoración del Centenario tampoco pudo, como veremos más adelante, resolver. Aunque concluido el mes de las fiestas patrias toda la prensa, sin excepción, se felicitó “porque ha entrado felizmente en la conciencia del pueblo, la práctica moral del respeto a la vida humana y el apartamiento de la embriaguez”. Una frase repetida con ligeras variaciones por varios periódicos y que muestra la profunda desconfianza de las élites porfiristas hacia unas clases populares en las que lo natural pareciera ser la embriaguez y el homicidio.

La sensación que dan muchas veces los periódicos, y ésta debía ser por lo tanto el imaginario de sus lectores, es que la civilización y el progreso eran más un proyecto que una realidad, algo que afectaba a una minoría pero de lo que la mayor parte de la población quedaba al margen:

el grupo de pobladores que disfrutan de una cultura elevada, hállase como anegado, tal como una isla en el Océano, en medio de una muchedumbre de indígenas bárbaros [...] que con una tenaz resistencia étnica se pegan y adhieren a sus primitivas tradiciones.²⁶

²⁵ “Sección editorial, ‘Pantalón’ y los huéspedes del Centenario”, *El Imparcial* (8 jun. 1910).

²⁶ “Notas editoriales. Lo que es y lo que debía ser”, *El Tiempo* (23 sep. 1910).

Apreciación en la que lo étnico y lo socioeconómico se confunden y en la que clases bajas, indios y degradación moral tienden a convertirse en sinónimos.

SI UNA NACIÓN ES UNA RAZA, ¿CUÁL ES LA MEXICANA?

La larga sombra de Herder y su idea de que una nación es una entidad natural definida por la raza, la lengua y la cultura, va a planear sobre todos los procesos de construcción nacional decimonónicos, aunque con más intensidad en unos que en otros. En el caso de México, con el problema de que ninguno de los tres elementos de la gran trilogía romántica sobre la nación estaba presente en el territorio que había proclamado su soberanía política en 1821. Razas, lenguas y culturas distintas convivían y se solapaban en un espacio geográfico cuyo único rasgo de unidad era haber formado parte de la antigua entidad administrativa del virreinato de la Nueva España.

Por lo que se refiere a la existencia de una “raza mexicana”, la presencia de “razas” diferentes y antagónicas fue una realidad insoslayable a lo largo del siglo XIX,²⁷ acompañada en la mayoría de los casos por el convencimiento de las élites

²⁷ En un dictamen presentado por Francisco Pimentel al ministro de Relaciones en 1879 se afirma, literalmente, que “en México tenemos [...] dos pueblos diferentes en un mismo territorio, y lo que es peor dos pueblos hasta cierto punto enemigos pues los indios ven a los blancos con ceño y desconfianza”. Reproducido en Puga y Acal, “La inmigración negra”, *El Tiempo* (12 abr. 1910). Cuarenta años más tarde es un periódico el que afirma: “Entre el indio y el criollo [...] se ha levantado una barrera difícil de destruir, por estar cimentada sobre montañas de odios inveterados”. “Notas editoriales. La regeneración del indio”, *El Tiempo* (28 mar. 1910).

de la “mala calidad” de una de ellas, la indígena, que además era la mayoritaria. Recordemos que el racismo decimonónico se define no sólo por su creencia en que la humanidad está naturalmente dividida en razas, sino por el convencimiento de que existían razas superiores y razas inferiores, lo que en el caso mexicano llevará a una preocupación obsesiva por el problema indígena y a una no menos obsesiva, e igualmente ineficiente, preocupación por desarrollar políticas inmigratorias que mejoraran la calidad étnica de la población.

El debate del Centenario en relación con la raza²⁸ se mantiene inmerso en lo que habían sido las coordenadas de prácticamente todo el siglo XIX. El convencimiento de que en la nación convivían varias razas distintas y de que una de ellas, la indígena, era una rémora para construir un país moderno y civilizado. Para decirlo en palabras de *El Imparcial*,

[...] hay soluciones de continuidad entre nuestra aristocracia, que es una burguesía criolla y mestiza en su mayor parte, y nuestra clase media, que es una franca burguesía mestiza [...] y que, sin embargo, a su vez, está separada de la clase indígena que forma como un inmenso fondo oscuro a nuestro cuadro histórico [...] El esclarecimiento de este fondo oscuro es nuestro problema económico, social y político.²⁹

²⁸ El gran libro mexicano de este periodo sobre la raza es *Los grandes problemas nacionales* de Molina Enríquez, publicado en 1909, pero que en sentido estricto forma parte ya de los planteamientos post 1910. La idea del mestizaje expuesta en él discurre por caminos bastante diferentes de los que lo había hecho hasta ese momento, motivo por el que no va a ser analizado aquí.

²⁹ “Sección editorial. La nación mexicana y el doctor Altamira”, *El Imparcial* (5 feb. 1910).

El problema de ese “fondo obscuro”, de la “raza doliente” como la llama este mismo periódico en otro editorial, planeará sobre toda la celebración del Centenario. La unanimidad sobre que el progreso ha dejado de lado a la que, también de forma casi unánime, se considera la raza nacional, es absoluta. También la de que no se puede tolerar por más tiempo que el indio permanezca en su estado de abyección y de penuria. Diferentes propuestas para la mejora de sus condiciones de vida se suceden a lo largo de todo el año del Centenario. Siempre en el contexto de un complejo y ambiguo discurso en el que se les identifica como los otros que están al margen de la vida nacional, se exaltan los beneficios que para ellos trajo la independencia, “se apresten a glorificar el aniversario de la libertad que los arrancara de las ‘encomiendas’ y de la esclavitud”, y se les proclama fundamento de la nacionalidad, “ellos son los herederos de las razas heroicas, de la raza vernácula en que se sustenta nuestro origen [...]; en ellos ha quedado la semilla vigorosa de los antecesores”.³⁰

Una triple retórica que salta por los aires cuando trata de enfrentarse “al problema indígena” en sí. En esos momentos las apelaciones a su condición de fundamento de la nacionalidad desaparecen y los indios se convierten, de manera general, en los “ilotas” que impiden el desarrollo de la nación. Imagen que queda perfectamente expresada en el editorial que con motivo de la celebración del Congreso Indianista, que se inauguró el 30 de octubre de 1910, publica *El Imparcial*. Después de asentar que hay numerosos

³⁰ “Sección editorial. Por la Raza Doliente”, *El Imparcial* (9 mar. 1910).

tipos de indios, y que no se puede confundir a unos con otros, pasa a analizar los que constituyen propiamente el “problema indígena”, esa mayoría de “hombres inferiores, sociológicamente hablando, el ‘ilota’, la antigua ‘bestia de carga’, iletrada e inconsciente de su ciudadanía”. Un ser degradado “que a los vicios de los hombres de la ciudad, la imprevisión, la falta de ahorro, de temperancia, aduna la pasividad, la resignación que no reacciona contra su propia miseria, producto de sus vicios”. Para el portavoz oficioso del porfirismo era imposible avanzar mientras existieran estas “greyes de inconscientes”³¹ que pululaban por todo el país, con especial concentración en las regiones tropicales del sur. La “regeneración del indio” dejaba de ser un problema moral para convertirse en uno de economía política. Lo que estaba en juego era el porvenir de la nación. El indio constituía la mayoría de la población del país y de nada servía aumentar el número de habitantes si la mayor parte de ellos eran una rémora más que un activo económico.

Resulta revelador, sin embargo, que incluso en estos casos la retórica indigenista acabe de todas maneras aflojando. Unos pocos días después, el mismo *El Imparcial* que había lanzado la racista requisitoria anterior, glosará la inauguración del Congreso Indianista afirmando que “¡Él [el indio] fue el que en el momento preciso salvó la República y él la carne de cañón de la guerras heroicas, y él la unidad obediente cada vez que el himno de Nunó nos ha convocado a la lid!”.³² Enfáticas y sorprendentes afirma-

³¹ “Sección editorial. El ilota nacional”, *El Imparcial* (26 oct. 1910).

³² “Sección editorial. Las taras de la raza india”, *El Imparcial* (31 oct. 1910).

ciones en un artículo cuyo objetivo, además, es mostrar las taras y carencias de una raza degenerada. Muestra de hasta qué punto la idea de que los indios representaban el ser auténtico de la nación se había convertido en parte central del imaginario sobre la nación. Las contradicciones de este imaginario, en el que los indios son a la vez, sin solución de continuidad, fundamento de la nacionalidad y el otro³³ que impide el progreso, explican la conversión del problema indígena en “el” problema nacional.

Las llamadas a favor de la “regeneración del indio” cristalizarán en 1910 con la fundación de la Sociedad Indianista de México, con el doble, y contradictorio, objetivo de estudiar “los usos y costumbres de las razas indígenas y de la manera de hacer que se dignifiquen, ilustrándose y caminando con los adelantos de su época”, y “lograr arrancarlo de sus pertinaces y viejos hábitos”.³⁴ Un proyecto que resume bastante bien las características de un discurso en que el indio siempre es visto como objeto de la voluntad de la nación, no como sujeto, y que en algunos casos llega a preconizar que este proceso se lleve a cabo, incluso, en contra de sus propios deseos.

³³ La idea del indio como “el otro”, ajeno y extraño, está presente a lo largo de todas las celebraciones del Centenario. Quizás uno de los ejemplos más reveladores sea la propuesta, finalmente no llevada a cabo, de una Exposición Etnológica con familias indígenas de las principales razas del país, exhibidas con sus chozas, indumentaria, actividades, etc. En realidad una copia de la exposición de pueblos exóticos que tanto éxito habían tenido todo el siglo anterior en las Exposiciones Universales europeas, los indios como objetos exóticos.

³⁴ “Sección editorial. La Regeneración del Indio”, *El Imparcial* (21 mar. 1910).

El indio es refractario a la educación que se le ofrece, que significa nada menos que la renuncia de sus hábitos, de su vida genuina y pintoresca. Será necesario educarle a la fuerza; recoger sus hijos que vegetan viciosamente en las calles para llevarlos a la escuela, lo mismo que se les recoge cuando delinquen para recluirlos en la calle. Pero así, con energía, obligadamente, impositivamente.³⁵

Nada demasiado diferente a lo que hubiera podido afirmar cualquier periódico liberal del siglo XIX. Las contradicciones de una construcción nacional que convertía en sujeto de nacionalidad a un grupo étnico cuyos hábitos y costumbres reales se despreciaban. Un discurso para el que el indio mítico resultaba siempre preferible al indio real y que en la práctica política se convertía en la búsqueda de su desaparición como grupo étnico diferenciado.

Cuando la Sociedad Indianista pasó de los discursos a los hechos y en su primer Congreso de 1910 —cuyos temas de trabajo fueron razas indias mexicanas, dialectos indios, arqueología, sociología, civilización y medios de propagar ésta— propuso medidas concretas para preservar la raza indígena (leyes agrarias que protegieran el trabajo y la propiedad del indio y medidas para preservar sus lenguas, religiones y formas de vida), la respuesta del portavoz oficioso del porfirismo fue rápida y contundente. En un artículo de opinión sin firma rechazó todas estas propuestas argumentando que el objetivo deseable era precisamente la desaparición, a través del mestizaje, de los indígenas y su integración en la común raza nacional mexicana, a la que “debemos de

³⁵ “Sección editorial. Educación obligatoria”, *El Imparcial* (29 abr. 1910).

reputar superior”. Aprovechando, de paso, para hacer una loa al mestizaje como fundamento de la nacionalidad:

[...] si los indios puros son en menor cantidad, son en cantidad mayor los mexicanos, esto es los que poseen sangre de las razas española e india, pues sabido es que no hay antagonismo, sino marcada simpatía entre los dos principales grupos que enseñorean el territorio [...] se ha realizado ya o está en vías de realizarse la formación de una raza mexicana que funda los dos grupos que antaño aspiraron a la dominación de la actual República Mexicana.

También una nada velada crítica a unas medidas que querían retrotraer al país a la época de las Leyes de Indias, responsables directas con sus medidas protectoras, según *El Imparcial*, de la conversión del “aborigen en el mueble que ahora contemplamos”.³⁶ El fondo del discurso resulta bastante nítido, mantener a los indios al margen de la vida nacional, bajo leyes propias y específicas, no sólo era negativo para la nación sino también para los propios indígenas. Y aquí la polémica deriva de lo étnico a lo cultural. La pervivencia de idiomas nativos, costumbres y sistemas de propiedad propios era una rémora para el progreso y el desarrollo económico. Los indios eran la raza de la nación pero tenían que dejar de ser indios para formar parte de ella. Nada demasiado diferente de lo que venía afirmando el discurso liberal durante todo el siglo XIX.

La propiedad comunitaria será, de hecho, uno de los grandes temas del ya citado libro sobre los problemas nacio-

³⁶ “La raza indígena y el gobierno. Una tutela absurda e infructuosa”, *El Imparcial* (20 nov. 1910).

nales de Esteban Maqueo Castellanos,³⁷ del que la prensa se hizo amplio eco y con cuyo alegato a favor de la abolición de la propiedad comunal los periódicos mostraron unanimidad casi absoluta. Mayor fue todavía la que mostraron respecto a que la redención del indio sólo vendría por la instrucción, la educación y la moralización de sus costumbres, únicas herramientas capaces de liberarlo de la miseria cotidiana, fruto de una cultura degenerada que le impedía desarrollar sus condiciones como ser humano y contribuir al progreso nacional. La raza indígena era el fundamento de la nacionalidad pero su civilización sólo un lastre del que era necesario desprenderse.

Aunque en otras ocasiones el discurso se vuelve radicalmente biologicista, la incorporación del indio a la vida nacional era imposible y su desaparición no sólo inevitable sino hasta deseable:

[...] aceleraría [la inmigración] el desaparecimiento de los labriegos indígenas, tan rutinarios y tan pasivos como el buey que ahonda los surcos. En la confusa imaginación del indio no ha penetrado aún ni penetrará jamás, la más tenue luz acerca del valor económico del trabajo [...] Y he aquí como el problema indianista se complica con el problema de la inmigración, de tal suerte que si éste se resuelve antes que aquel, la raza indígena estará condenada a morir en breve plazo.³⁸

En el contexto del artículo no queda demasiado claro que esto último sea necesariamente un mal, máxime cuan-

³⁷ MAQUEO CASTELLANOS, *Algunos problemas nacionales*.

³⁸ "Notas editoriales. La inmigración y el problema indianista", *El Tiempo* (9 oct. 1910).

do para este periódico uno de los motivos del fracaso de las políticas inmigratorias en México era la presencia de una demasiado numerosa población indígena.³⁹

Directamente relacionado con el problema indígena, como se acaba de ver, está el de la inmigración. Si hubo un aspecto sobre el que las élites mexicanas del siglo XIX estuvieron de acuerdo fue el de su carácter benéfico, tanto para mejorar la raza, “blanquearla”, como para poner en explotación las, tal como ellos se imaginaban, inmensas riquezas del país, especialmente las agrícolas. Pudieron disentir sobre cuáles eran los inmigrantes más idóneos o sobre qué políticas inmigratorias resultaban más eficaces pero nunca sobre los beneficios que tenía la llegada de cuantos más inmigrantes mejor. Una política en la que el éxito del régimen porfirista fue relativo, los flujos migratorios hacia México aumentaron de manera significativa en los últimos años del siglo XIX y primeros del XX pero siempre muy lejos de los que se dirigieron hacia Estados Unidos, Argentina o Brasil, por lo que en 1910 la polémica sobre la inmigración seguía todavía viva en la vida pública mexicana, con especial referencia al caso argentino, cuyo superior desarrollo se atribuía al éxito de las acertadas políticas migratorias llevadas a cabo de manera constante por sus sucesivos gobiernos.

Si durante buena parte del siglo XIX la polémica sobre la inmigración giró en torno del origen de los inmigran-

³⁹ “México no atraerá nunca las miradas del colono europeo mientras sepa que aquí existe una intensa población indígena, ociosa, atrasada, refractaria a la civilización, que no contribuye ni a la producción ni al consumo, y que constituirá en todo tiempo una rémora para obtener adelantos, progresos y beneficios.” “Notas editoriales. Emigración negra... ¡Qué barbaridad!”, *El Tiempo* (27 abr. 1910).

tes y cuáles eran más apropiados para la construcción de la nacionalidad, en los años finales del porfiriato, con especial intensidad en el momento de la celebración del Centenario, derivó hacia sus características socioprofesionales. El problema, según el portavoz oficioso del gobierno, no era la cantidad —las entradas eran relativamente importantes— sino la calidad. El número de inmigrantes agrícolas, tanto braceros como colonos, que eran los que el país necesitaba, resultaba prácticamente despreciable. El problema de los braceros, también según *El Imparcial*, era menor, en la medida en que sobraba mano de obra agrícola; otra cosa era que al estar formada mayoritariamente por indígenas, y aquí entramos nuevamente en el debate sobre la raza india, su productividad fuera extremadamente baja,

El indígena que obtiene de un palmo de tierra maíz suficiente para cubrir sus mezquinas necesidades da la espalda al trabajo y se entrega deliberadamente a la holganza [...] La producción agrícola actual de la República, podía realizarla un número mucho más reducido de individuos. El coeficiente de labor muestra el tenaz desmayo de una raza.⁴⁰

El problema real era la falta de colonos capaces de poner en producción nuevas tierras, no como asalariados sino como agricultores independientes.

Manuel Puga y Acal lanzó, desde las páginas de *El Tiempo*, una auténtica campaña a favor de políticas de colonización, lo que *El Imparcial* llamaba inmigración activa, basadas en el reparto de tierras, como forma de atraer

⁴⁰ “Sección editorial. ¿Falta de brazos o falta de energía?”, *El Imparcial* (26 mar. 1910).

agricultores al país. No importaba tanto su origen, siempre que fueran blancos, como su capacidad para trabajar la tierra y servir de ejemplo a los ineficientes campesinos indígenas. Sin embargo, lo mismo que había ocurrido a lo largo de todo el siglo XIX, la llegada de colonos europeos que aportaran capital, conocimientos de cultivos, aperos e instrumentos de labranza siguió siendo el sueño nunca cumplido y las quejas sobre la ausencia de agricultores entre los nuevos inmigrantes siguieron siendo generalizadas.

La polémica sobre las características socioprofesionales de los inmigrantes, en todo caso, desplazó pero no eliminó por completo la de sus orígenes étnico-nacionales. En una sociedad en la que las categorías de análisis de tipo racial habían jugado un importante papel durante todo el siglo XIX, por no hablar de la época virreinal, y en la que la siguieron jugando en la revolución y la posrevolución —la mestizofilia revolucionaria no deja de seguir siendo una forma de interpretar el mundo a partir de categorías étnicas— el momento del Centenario no fue una excepción.

No es raro encontrar en la prensa de la época reflexiones sobre la mayor o menor idoneidad de determinados inmigrantes, pero el problema de la idoneidad racial estalló nuevamente con toda virulencia en torno al proyecto de establecimiento de 20 000 colonos negros en las costas de Campeche, Tabasco y Tepic. Una propuesta que, en principio, cumplía todos los requisitos de lo que se consideraba deseable: inmigración ordenada, con sus propios recursos y con el objetivo de poner en cultivo tierras hasta ese momento improductivas. Todo perfecto salvo que eran negros. El origen “racial” se había ido convirtiendo en irrelevante siempre que se restringiera a variaciones étnicas entre dife-

rentes “razas nacionales” blancas. El problema fue cuando se rebasó ese límite.

El Imparcial acogió la noticia de manera positiva —era una propuesta del gobierno y si algo caracterizó a este periódico fue su apoyo a no importa qué medida gubernamental— aunque mostrando ya cierto recelo respecto a cómo iba a ser recibida por la mayoría de la población: “No faltará, seguramente, quien vea con repugnancia veinte mil individuos de color [...] sólo porque son de color. Pero esto, bien miradas las cosas no tiene razón de ser. Que haya quien invierta aquí su dinero y que trabaje honradamente y poco importa lo demás”.⁴¹ Pero sí que importaba lo demás, y mucho. La noticia de la proyectada colonización dio lugar a una agria polémica, en la que participó toda la prensa de la época, la mayoría en contra, y en la que volvieron a sacar a relucir todos los viejos prejuicios del debate decimonónico.

La defensa del proyecto de inmigración negra tomó desde muy pronto un sesgo curioso. No se negaba que pudiera ser nociva, era sólo un problema de cantidad, “en materia de negros, como en todas las materias existen tres distintas dosis: la fisiológica, la terapéutica y la tóxica”.⁴² El número de posibles inmigrantes de color era tan reducido que sus consecuencias negativas sobre el conjunto de la población resultaban despreciables. A cambio, se trataba de colonos que pondrían en cultivo tierras hasta ese momento incultas y que desarrollarían cultivos tropicales en regiones para las que la raza negra estaba mejor adaptada que ninguna otra,

⁴¹ “Sección editorial. Veinte mil negros para México”, *El Imparcial* (27 abr. 1910).

⁴² “Sección editorial. Blancos y negros”, *El Imparcial* (28 abr. 1910).

tal como demostraban el éxito de la agricultura del algodón y del café en Estados Unidos y Brasil respectivamente, que sin trabajadores negros ni siquiera existirían. No era la inmigración deseable pero a falta de otra, siempre que no fueran demasiados y que se establecieran en regiones inhóspitas para los blancos, podía ser considerada aceptable.

Argumentos que fueron rechazados de manera tajante por la mayoría de los demás periódicos, *El Tiempo*, *El País* y *La Iberia* principalmente,⁴³ para los que si de algo estarían encantados Estados Unidos y Brasil sería precisamente de poder desprenderse de su población negra.⁴⁴ Entre dos males, el que amplias regiones del país siguieran vacías o poblarlas con negros, era preferible el primero. Se recurrió incluso al ya citado dictamen de Francisco Pimentel en el que se afirmaba que no era cierto que sólo los negros pudieran poner en cultivo las regiones costeras, que los negros en situación de libertad eran pésimos trabajadores y que la presencia de los negros en México aumentaría el mal de la heterogeneidad étnica. El egoísmo nacional exigía no empeorar aún más la calidad étnica de la población. Pero se recurrió, sobre todo, al argumento de la existencia de razas

⁴³ No sólo la prensa, sino también las instituciones científicas, en particular la influyente Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística en la que Alberto Carreño leyó un erudito discurso (con citas del Conde de Volney, Charles Seignobos, César Cantú, Víctor-Adolphe Maltebrun, Charles M. Pepper, etc.) que mostraba los males que la llegada de negros podría acarrear a México, dados “sus defectos de raza”. Véase CARREÑO, *El peligro negro*.

⁴⁴ “Estas dos Repúblicas no saben qué hacer con la inmensa población de hombres de color [...] y algo darían por alejarla, por extirparla y sustituirla con gente blanca.” “Notas editoriales. Emigración negra... ¡Qué barbaridad!”, *El Tiempo* (27 abr. 1910).

superiores e inferiores, un viejo tema del racismo decimonónico especialmente delicado en el caso mexicano. Mientras *El Imparcial* recurría a teorías antropológicas (Colajani y Finot) para negar que se pudiera afirmar algo así, la prensa conservadora lo hacía a datos históricos y sociológicos para mostrar lo contrario; no se trataba de que los individuos tomados de uno en uno fueran biológicamente superiores o inferiores, sino de que había culturas que tendían a producir individuos socialmente inferiores, y la negra era una de ellas. A su lado incluso la de los nativos mexicanos resultaba “mucho más apta que la negra para civilizarse”.⁴⁵

La polémica derivó rápidamente hacia la pregunta de si cualquier emigrante era deseable y en caso de no ser así cuáles sí y cuáles no y por qué motivos. En realidad sólo era la reactualización del conocido debate decimonónico. Lo novedoso fue que *El Imparcial*, rompiendo con una vieja tradición liberal, defendiera la llegada de inmigrantes no blancos. Los periódicos conservadores, en particular *El Tiempo* y *El País*, por el contrario, siguieron apostando por la llegada de inmigrantes compatibles con la nacionalidad mexicana, básicamente los provenientes del mundo católico europeo (italianos, españoles, franceses y alemanes del sur). Los colonos eran una mercancía y los había de mejor o peor calidad en función de sus características físicas y morales y de su capacidad para integrarse en la vida nacional, “para hacer nación”. Nada demasiado distinto de lo que tradicionalmente había argumentado el discurso conservador, con la diferencia de que ahora se utiliza profusamente el caso de

⁴⁵ “Las ‘Razas inferiores’ de que habla ‘El Imparcial’”, *El Tiempo* (27 mayo 1910).

Argentina como ejemplo que, versión de la prensa conservadora, estaba privilegiando la llegada de inmigrantes provenientes de la Europa católica del sur.⁴⁶

El ejemplo argentino resultaba especialmente sensible, el país sudamericano era en ese momento paradigma de progreso y de políticas migratorias exitosas. El “hagamos como Argentina” se había convertido casi en sinónimo de éxito por lo que *El Imparcial* intentó demostrar que no se podían comparar el caso argentino y el mexicano. Por factores que iban desde la mayor disponibilidad de tierras hasta la ubicación geográfica en el hemisferio sur, las regiones del Plata resultaban mucho más atractivas para los emigrantes europeos. Podían, por lo tanto, elegir sus emigrantes. México no; como consecuencia debía conformarse con aceptar los que le llegaban. Y en última instancia tampoco era sólo un problema de raza, tal como mostraba una “inmigración italiana que había llevado a la Argentina gérmenes de perturbaciones y conflictos tan peligrosos como las dificultades de raza”.⁴⁷ Lo llamativo de la argumentación del periódico porfirista es que, en el fondo, es más un problema de necesidad que de preferencias de elección.

Un rasgo novedoso de la polémica migratoria fue el que tuvo que ver con la emigración de mexicanos hacia Estados Unidos, relativamente intensa en torno a esas fechas.

⁴⁶ Novedoso también, aunque anecdótico, fue que, como resultado de la victoria japonesa frente a Rusia, la tradicional inquina hacia los inmigrantes asiáticos comenzara a distinguir entre chinos, rechazables, y japoneses, deseables. Véase Puga y Acal, “La inmigración amarilla”, *El Tiempo* (26 abr. 1910).

⁴⁷ “Sección editorial. Inmigraciones e inmigrantes”, *El Imparcial* (7 mayo 1910).

Si uno de los objetivos de las políticas migratorias era aumentar la capacidad productiva del país, esto se lograba tanto facilitando la entrada de trabajadores extranjeros como impidiendo la salida de los mexicanos. A lo largo de 1910 fueron varios los periódicos⁴⁸ que desarrollaron en sus páginas una intensa campaña, testimonio de mexicanos residentes en Estados Unidos incluidos, sobre los inconvenientes de emigrar al vecino país del norte, desde los bajos salarios a las malas condiciones de vida y el desprecio con que los mexicanos eran tratados al norte del río Bravo, “Somos tratados como negros. Ninguna consideración merecemos, y ya ni siquiera pedimos cumplimiento a los salarios ofrecidos, a las horas de trabajo que se nos señalaron como jornada máxima. Sólo pedimos compasión y respeto para nuestra miseria”;⁴⁹ “ese odio enteramente irracional del yankee a todas las razas oscuras, hace que en su tierra los mejicanos de la clase popular sean tratados con más desprecio que el negro, y con el mismo del mongól”;⁵⁰ “apenas pasada la frontera los mexicanos enganchados comienzan a sufrir un maltrato inaudito”.⁵¹ Una tétrica visión, probablemente no demasiado alejada de la realidad, que tenía como objetivo desanimar a los braceros seducidos por el sueño americano.

⁴⁸ No sólo los periódicos, la revista *El Economista Mexicano* dedicó también varios artículos al tema en los que analizó y criticó, con detalle, las condiciones en las que eran enganchados los trabajadores mexicanos y las repercusiones, en su opinión negativas, que esta emigración tenía para la economía del país.

⁴⁹ “Editorial. No vayáis al norte”, *El Imparcial* (26 feb. 1910).

⁵⁰ “¡No vayáis al norte!”, *El País* (11 ago. 1910).

⁵¹ “El maltrato de los peones mexicanos en los E.U.”, *El Tiempo* (13 abr. 1910).

Las coincidencias sobre que era necesario acabar con la emigración de braceros hacia el norte fue generalizada; la de que difícilmente se iba a terminar con ella mientras las condiciones del campo mexicano siguieran siendo las que eran (salarios bajos, tiendas de raya, malos tratos por parte de capataces, caciquismo, condiciones de vida miserables, falta de comunicación entre las diferentes regiones del país), también. El problema era que cambiarlas significaba en parte cambiar un modelo productivo en el que, al menos según la interpretación de *El Imparcial*, sobaban trabajadores agrícolas. No resulta extraño, en este contexto, que el debate acabara derivando hacia aspectos relativamente marginales, como si finalmente esta emigración podía resultar positiva (repatriación de pequeños capitales por parte de los emigrantes) o no (la mayor parte de los emigrantes en realidad no regresaban); cuando no a otras más peregrinas, como que la solución era aumentar la educación cívica de los braceros mexicanos para que así no quisieran emigrar al país vecino.

La paradoja de una nación que durante 100 años se había imaginado como un país de inmigrantes e iniciaba su segundo siglo de vida independiente con la emigración como problema nacional.

¿QUIÉNES FUERON NUESTROS HÉROES?

El lugar de Hidalgo e Iturbide en el santoral laico de la patria fue una de las líneas divisorias decisivas entre los proyectos de nación liberal y conservador⁵² durante todo

⁵² Como ya se ha dicho, se utilizan los términos liberal y conservador a falta de otros pero la fractura identitaria no corresponde exactamente a una división ideológica, por lo que no siempre resulta una denomina-

el siglo XIX. Para los primeros Hidalgo era, sin discusión posible, el auténtico padre de la independencia, Iturbide sólo un personaje secundario y de patriotismo dudoso; para los segundos justo lo contrario, el verdadero héroe de la independencia era el autor del Plan de Iguala, y el cura de Dolores sólo el responsable de las matanzas y desgracias que durante diez años habían ensangrentado el suelo mexicano. Dos héroes antagónicos que representaban dos formas incompatibles de entender e imaginar lo que México era. Como había afirmado el periódico *El Universal* en 1849, no se podía “celebrar el 16 de septiembre a los fusilados, y el 27 del mismo mes a los fusiladores”.⁵³

El triunfo de los liberales significó la entronización de Hidalgo como padre de la independencia y la paralela exclusión de Iturbide. Un relato histórico que el porfiriato asumió con todas sus consecuencias. En el monumento a la independencia, como ya se ha visto, ni siquiera se incluyó la figura del antiguo general realista entre “los héroes que nos dieron patria”. En este sentido habría que tomar con extremo cuidado afirmaciones como la de Annick Lemprière de que

Una ironía de la historia quiso que el primer centenario del movimiento independentista [...] el que se inició con la rebelión del cura Hidalgo contra el poder colonial, fuera celebrado por el viejo régimen autoritario y conservador del general Díaz, mientras que el de la consumación de la independencia, logra-

ción apropiada. Para un análisis más detenido de este problema véase PÉREZ VEJO, *España en el debate público mexicano*, pp. 23-27.

⁵³ “Editorial. Grito de Dolores. Vindicación de la historia y de la independencia de México”, *El Universal* (23 nov. 1849).

da gracias al acuerdo entre los criollos conservadores y el último virrey [...] fuera conmemorado bajo el régimen del general Obregón.⁵⁴

Es posible que haya mucho de irónico en que fuera el general revolucionario Obregón quien tuviera que celebrar a Iturbide, pero nada en que “el viejo régimen autoritario y conservador del general Díaz” tuviera que hacerlo con Hidalgo. La exaltación del cura de Dolores resultaba perfectamente coherente con el discurso porfirista, que nunca tuvo ningún problema para considerarlo el héroe de la independencia por antonomasia ni, menos todavía, ninguna voluntad de excluirlo del centro del santoral laico de la patria.

La exclusión absoluta del antiguo militar realista resultaba, sin embargo, más complicada. No sólo había sido él quien había proclamado realmente la independencia sino que su figura resultaba para el moderantismo porfirista, en muchos aspectos, más atractiva que la del cura de Dolores. No es de extrañar que la prensa más cercana al régimen intentara una reivindicación del héroe de Iguala, aunque sin poner nunca en cuestión la figura de Hidalgo, y en esto la ruptura con el discurso conservador sí es radical y absoluta; tampoco que la voluntad de excluir al “traidor Iturbide” de la conmemoración del Centenario fuera objetivo explícito del liberalismo más radical; ni que, simétricamente, la de los conservadores fuera reivindicarlo.

Ya justo a comienzos de 1910 la prensa conservadora se opuso a la propuesta para que fuera cambiada la letra del Himno Nacional a causa de que no ensalzaba a Hidalgo y

⁵⁴ LEMPÉRIÈRE, “Los dos centenarios”, p. 319.

demás caudillos de 1810 y, en cambio, mencionaba a Iturbide. Propuesta que la Comisión del Centenario hizo suya. Se encargó un informe a Porfirio Parra, quien propuso que, para evitar confusiones, se cambiara el verso que decía “de Iturbide la sacra bandera” por “de la patria, la sacra bandera”,⁵⁵ evitando así la invocación de un héroe dudoso. Informe violentamente descalificado por todos los periódicos conservadores, en particular *El Tiempo* y *El País*, quienes alegaron que la figura del héroe de Iguala podía resultar dudosa para algunos “pero no [...] para la mayoría de los mexicanos, para quienes es el libertador de México y para quienes se escribió en Himno Nacional, al que los cultísimos gobernantes Don Benito Juárez, Don Sebastián Lerdo de Tejada y Don Ignacio Comonfort no pusieron reparo de ninguna clase”.⁵⁶ Aprobada la modificación por la Secretaría de Instrucción Pública, sólo por lo que se refería al Himno que debía cantarse en las escuelas, *El País* propuso una protesta general contra una medida cuyo único objetivo era “borrar [...] de ese hermosísimo himno [...] el nombre de nuestro Libertador”.⁵⁷

Finalmente, y al margen del debate sobre la modificación del Himno, se decidió no incluir su figura entre las estatuas del monumento a la independencia, y esto sí pue-

⁵⁵ La estrofa objeto de la discordia era una, hoy ya eliminada, que decía “Si a la lid contra hueste enemiga/nos convoca la trompa guerra,/de Iturbide la sacra bandera,/mexicanos valientes seguid”. En realidad ni siquiera era una exaltación del general realista, sólo la constatación de que había sido él quien había fijado los colores de la bandera nacional.

⁵⁶ “Alteraciones en las estrofas del Himno Nacional”, *El Tiempo* (13 ene. 1910).

⁵⁷ *El País* (17 feb. 1910).

de ser considerado, sin matices, como su eliminación del panteón de los padres de la patria.⁵⁸ Una exclusión que fue también fuertemente cuestionada por la prensa conservadora, en particular por el católico *El Tiempo*, que alegó que la condición de héroes y beneméritos de la patria no podía responder a una decisión arbitraria. Había sido fijada por un decreto del Congreso de julio de 1823. Eran los nombres aprobados por el Congreso los que debían figurar en la columna, escritos o en efigie, sin añadir o quitar ninguno.

Resulta revelador, sin embargo, que a pesar de que la estatua del héroe de Iguala no fuera finalmente incluida en el monumento a la independencia, el orador encargado del discurso oficial el día de su inauguración sí hiciera alusión a él y de forma laudatoria: aquel que puso “su espada al servicio de la independencia y con el alto nombre de LIBERTADOR entra en el grupo olímpico de los fundadores de la nacionalidad”.⁵⁹ Una afirmación que parecía dar el asunto por zanjado.

Pero el debate estaba menos resuelto de lo que las palabras de Miguel Macedo sugieren. Ese mismo año de 1910 Francisco Bulnes publicó *La guerra de independencia:*

⁵⁸ Una afirmación que habría que matizar, ya que su nombre sí figuró en el catafalco de la apoteosis de los héroes. No es necesario precisar, sin embargo, la diferencia cualitativa entre un monumento efímero y otro fijado en piedra. La exclusión de Iturbide tampoco fue completa en el monumento de la independencia, su nombre es uno de los que aparece en los anillos del fuste, aunque prácticamente invisible desde el suelo.

⁵⁹ “Discurso de Miguel Macedo en el acto de inauguración del Monumento a la Independencia”, reproducido en “La inauguración del monumento a la independencia. Discurso del Sr. Lic. Don Miguel Macedo”, *El Imparcial* (17 sep. 1910).

Hidalgo, Iturbide.⁶⁰ Una especie de alegato doble, en defensa de Iturbide por un lado y en contra de lo que Alamán había escrito sobre Hidalgo, por otro. Y hasta aquí todo entra en la lógica de ese discurso integrador al que se está haciendo referencia. Resulta extraño, sin embargo, que se necesite defender a Hidalgo cuando ya nadie lo atacaba, cuando

[...] hasta los descendientes de aquel partido que tuvo a Alamán por “leader”, hasta los sucesores de aquellos hombres se muestran concordes en exaltar la figura del anciano cura de Dolores, y en la celebración del Centenario no se ha dejado oír una sola voz encaminada a demeritar o decrecer la obra de Hidalgo, ni a poner reparos a sus procedimientos, ni a tildar su conducta.⁶¹

Más extraño aún si consideramos que, de manera general, los periódicos sólo hicieron referencia al libro para destacar la defensa que en él se hacía de Iturbide, de sus actos y de los ataques y de los olvidos de los que había sido objeto. Se convirtió en el libro “en defensa de Iturbide”, aunque le están dedicadas bastante menos de la mitad de sus más de 400 páginas. Así *El Tiempo* dedicó una serie de artículos “no al examen [...] del libro de don Francisco Bulnes, sino sólo a señalar los puntos más culminantes en que hace justicia a Iturbide”.⁶²

⁶⁰ BULNES, *La guerra de independencia*.

⁶¹ “¡Un nuevo libro del Sr. Bulnes! Hidalgo-Iturbide”, *El Imparcial* (18 oct. 1910).

⁶² “El nuevo libro de don Francisco Bulnes. La honradez de Iturbide en el Gobierno por lo que se refiere a los fondos públicos”, *El Tiempo* (4 nov. 1910).

Los artículos del periódico de Victoriano Agüeros son, en realidad, una defensa a ultranza del héroe desplazado, al que se presenta como una especie de compendio de todas las virtudes públicas y privadas, muy por encima, desde luego, del resto de los héroes mexicanos, pero también de los que hicieron la independencia en los demás países de América: administró con honradez los fondos públicos, si no se unió a la rebelión de Hidalgo fue porque nada bueno se podía esperar de las hordas que habían seguido a éste, las acusaciones de crueldad que se le habían hecho eran completamente injustificadas, no se le podía acusar de no haber sido demócrata cuando ninguno de los héroes de la independencia lo había sido, y hasta su proclamación como emperador había sido un acto democrático, tal como afirmaba Bulnes “estaba por el imperio de Iturbide la inmensa mayoría de la nación”.⁶³ Exaltación nada difícil si consideramos que ya en el libro de Bulnes, al margen del título, hay una clara voluntad de subsanar la gran injusticia que, según este autor, se había cometido con Iturbide: “se borró su nombre de los mármoles del Capitolio, y se prohibió en las escuelas reverenciar su gloria” y se le juzgó con mala fe: “no hay buena fe al juzgar al héroe de Iguala”.⁶⁴

En perfecta simetría con lo escrito por el periódico católico *El Diario del Hogar*, el principal opositor liberal al porfirismo atacó con saña lo escrito por Francisco Bulnes, cuyos argumentos tacha de sofismas. Defender a Iturbide era algo así como intentar justificar a Judas Iscariote. Tal

⁶³ BULNES, *La guerra de independencia*, p. 349. Bulnes basa su afirmación en lo escrito por Zavala y Alamán.

⁶⁴ BULNES, *La guerra de independencia*, pp. 6 y 321.

parece como si estuviéramos en una polémica de los años cincuenta del siglo anterior y no en 1910.

La mejor prueba de que el juicio sobre Iturbide era un problema todavía no resuelto la tenemos en el hecho de que *El Imparcial* se viera obligado a mediar en la polémica, publicando un largo editorial, titulado precisamente “El lugar de Iturbide en la historia”, en el que se afirmaba que la rehabilitación de Iturbide era “un tema todavía actual” y en el que se opta por cierta neutralidad. Ni el Libertador que habían proclamado los conservadores, ni el traidor denostado por los liberales: “Iturbide no fue el ‘Libertador’, ni fue tampoco ese traidor cínico que nos pintan unos y otros”.⁶⁵ Una visión histórico-política que encajaba perfectamente en la visión de consenso de la independencia del porfiriato, que fue avalada también por la prensa conservadora para la que la fiesta de la independencia debía honrar tanto a los que la iniciaron como a los que la consumaron, “Si don Miguel Hidalgo y Costilla fue el feliz iniciador de la lucha emancipadora, don Agustín de Iturbide fue el afortunado y decidido consumidor de la obra”.⁶⁶

Finalmente el Ayuntamiento de la ciudad de México aprobó una moción declarando que el 27 de septiembre se conmemoraba la consumación de la independencia, simbolizada por la entrada del Ejército Trigarante a las órdenes de Iturbide. Noticia acogida con satisfacción por toda la prensa conservadora: “Por fin [...] el elemento oficial empieza a

⁶⁵ “El lugar de Iturbide en la historia”, *El Imparcial* (24 oct. 1910). Nada demasiado diferente a lo que había afirmado Justo Sierra en *México y su evolución social*.

⁶⁶ “Notas editoriales. El Centenario de Iturbide”, *El Tiempo* (17 mar. 1910).

hacer justicia al consumidor de la Independencia” tituló a toda página *El Tiempo*.⁶⁷

¿MADRE PATRIA O VERDUGO DE LA NACIÓN MEXICANA?:
EL TIEMPO DE LA RECONCILIACIÓN

El lugar de España y lo español en la construcción nacional de los distintos países latinoamericanos resulta complejo y enrevesado. Las élites que hicieron las independencias fueron, en sentido estricto, los descendientes biológicos y culturales de los conquistadores. Una situación que hizo especialmente complicada la conversión de la antigua metrópoli en el “otro” ajeno y extraño frente y contra el que las nuevas naciones se construían. Las continuidades culturales eran tantas que, a pesar de la retórica hispanófoba de las primeras décadas de vida independiente, el sentimiento de formar parte de una misma civilización, una misma raza en el discurso de la época, se extendió también desde muy pronto entre parte de las élites. La hispanofobia y la hispanofilia se convirtieron así en parte del discurso de imaginación de las nuevas naciones. Con especial intensidad en el caso de México, donde se aunaron la presencia de una numerosa población indígena, que tendió a teñir los conflictos identitarios de un fuerte componente étnico; los intereses geopolíticos españoles en el Caribe, isla de Cuba, que alentaron agresivas políticas intervencionistas de España hacia México; y la presencia de una reducida colonia española, pero muy relevante desde el punto de vista económico y social, que

⁶⁷ *El Tiempo* (29 sep. 1910).

va a estar gravitando continuamente sobre las relaciones de México con España.

En el momento de la celebración del Centenario el lugar de España había sufrido un vuelco radical. Si la celebración del IV Centenario del Descubrimiento, en 1892, había significado ya uno de los grandes momentos del hispanismo en México, la posterior derrota del 98 y el fin de la presencia española en el Caribe parecieron borrar definitivamente cualquier resto de prevención hacia la antigua metrópoli en la que, por su parte, el hispanoamericanismo y la retórica de una comunidad hispánica de naciones habían sustituido por completo las políticas intervencionistas anteriores. El resultado fue que la conmemoración de la independencia se convirtió también en la celebración del reencuentro con España, “España, olvidados ya los antiguos rencores, puede considerarse como una hermana mayor de las jóvenes naciones americanas”.⁶⁸ Si ésta era la visión de la prensa oficial, más efusiva fue aún la de los periódicos conservadores para los que el Centenario fue el tiempo de “una reconciliación de familia [...] porque la vida histórica de México no es más que una prolongación de la vida histórica de España”. Hasta la propia independencia no había sido más que “una disensión de familia, un acto del hijo emancipado que anhela establecer un hogar propio”.⁶⁹ Y aquí nos encontramos con la metáfora favorita, mil veces repetida, del proyecto de

⁶⁸ *El Diario* (20 abr. 1910). La idea de que el Centenario marcaba el momento de la reconciliación definitiva con España fue repetida por otros muchos periódicos, no sólo de México sino del resto del continente.

⁶⁹ “Notas editoriales. Fuerza evocativa de un nombre”, *El Tiempo* (3 sep. 1910).

nación conservador, aquella que permitía imaginar la independencia, no como un conflicto entre dos razas extrañas, sino como resultado de un proceso de crecimiento natural dentro de la misma familia.

La celebración del Centenario tuvo lugar, por lo tanto, en el contexto de una voluntad explícita de reconciliación con la antigua metrópoli.

Las próximas fiestas del Centenario de nuestra Independencia han dado origen a muchas iniciativas estimables, una buena parte de ellas con tendencia a consolidar el lazo familiar y de afectos que nos une con España [...] lógico es que, en las próximas fiestas del Centenario, dediquemos a España preferente y afectuoso recuerdo.⁷⁰

Reconciliación que se plasmó en el recibimiento dado al enviado del gobierno español, general Polavieja.⁷¹ Aunque en un primer momento se incluía a España, “la madre por la sangre”, sólo como uno de los países, los otros eran Alemania, Estados Unidos y Francia, “la madre intelectual”,⁷² de los que se esperaba que enviaran delegaciones de alta jerarquía; después toda la prensa, sin excepción, prestó atención especial a la llegada del delegado español y a sus actividades en México. Titulares como el de *El Tiempo*, “La recepción del generalísimo del ejército de España, Marqués de Pola-

⁷⁰ “Sección editorial. El monumento a la lengua castellana”, *El Imparcial* (3 mayo 1910).

⁷¹ Éste trajo como regalo del gobierno español, en gesto de buena voluntad, el uniforme de Morelos que se conservaba en España.

⁷² “Sección editorial. Delegados al Centenario”, *El Imparcial* (17 jun. 1910).

vieja, no tiene precedente en México”, en primera plana, a tres columnas y con una foto del enviado español, dejan pocas dudas al respecto.⁷³ Pero que se plasmó, sobre todo, en el hecho de que España fuera la única nación extranjera citada por su nombre en el discurso de inauguración del monumento de la independencia, el acto central del Centenario, y de manera absolutamente laudatoria,

Creeríame indigno del honor de haber ocupado esta tribuna si descendiera de ella sin saludar a la madre España, cuando en la lengua que ella compartió con nosotros estamos bendiciendo la Independencia, y cuando en nuestro corazón se estremecen fibras que ella misma forjó, arrojando en este ardiente crisol tropical su sangre y su alma para que fueran fundidas en el alma y en la sangre que forjasen nuestro ser.⁷⁴

Las llamadas a la reconciliación con la antigua metrópoli fueron numerosas, antes, durante y después de la celebración. Ya en fecha muy temprana, finales de febrero, *El Imparcial* se hizo eco de la voluntad de la colonia española de contribuir a la celebración del Centenario de la emancipación política de México. El discurso del que puede ser considerado como el portavoz oficial del porfirismo resul-

⁷³ *El Imparcial* (7 sep. 1910). Va seguido de una entradilla, también a tres columnas, que dice: “En septiembre de 1810 se inició el lanzamiento [sic] de los españoles entre el fragor de la insurrección y en Septiembre de 1910 se recibe a los ilustres representantes de España, entre el estruendo del aplauso y la aclamación”.

⁷⁴ “Discurso de Miguel Macedo en el acto de inauguración del Monumento a la Independencia”, reproducido en “La inauguración del monumento a la independencia. Discurso del Sr. Lic. Don Miguel Macedo”, *El Imparcial* (17 sep. 1910).

ta especialmente revelador. Por un lado, se alude a toda la tradición liberal para la que la nación mexicana es la heredera y continuadora del mundo prehispánico y que, como consecuencia, hace de los españoles el otro por antonomasia, el enemigo secular y odiado, y por el editorial pasan “el espectro de la Conquista”, “la sombra del encomendero”, “los azotes”, “la marca en la frente de nuestros padres indios” y “los tormentos de la Inquisición”. Por otro, sin embargo, en él están también Bartolomé de Las Casas, los puentes entre españoles y mexicanos que “purifica el tiempo y consagra el amor” y la afirmación de que “Los españoles son los extranjeros más mexicanos que viven con nosotros, casi todos han formado aquí su familia”.⁷⁵ Los tópicos tradicionales de la hispanofobia liberal junto a los no menos tópicos ni menos tradicionales de la hispanofilia conservadora unidos en un mismo discurso que define bastante bien el que fue hegemónico en el momento de la celebración de los 100 primeros años de vida independiente. Estrategia que debió tener suficiente éxito como para, si hemos de creer a la prensa, poner fin, incluso, hasta a los habituales actos antigachupines de la celebración del día de la independencia.⁷⁶

Discursos que fueron acompañados de una serie de proyectos, algunos llevados a cabo y otros no, con el objetivo de

⁷⁵ “Sección editorial. El Centenario de la Independencia”, *El Imparcial* (28 feb. 1910).

⁷⁶ “No hace muchos años que esa noche [...] encubría entre sus sombras [...] el espectáculo más inculto que darse pudiera: el de una horda salvaje lanzando mueras a la madre patria y a sus hijos, y acompañando aquellos con obras dignas de los mismos [...] Congratulémonos de la muestra de cultura dada por nuestro pueblo al suprimir para siempre [...] injustos e indignos insultos contra la noble Iberia y sus hijos.” “Congratulémonos!”, *El País* (17 sep. 1910).

mostrar la cercanía espiritual entre ambas naciones. Entre los que nunca se llevaron a cabo destacan dos para la erección de sendos monumentos que fijarían en piedra y bronce la indestructible unidad de dos pueblos hermanos, uno a la lengua castellana, “al don máspreciado que alcanzamos de los españoles”,⁷⁷ y otro a Isabel la Católica, “la gran Reina que dio a su patria un nuevo mundo y al Nuevo Mundo los primeros elementos de civilización”.⁷⁸ En el caso de esta última, aunque nunca se llegó a construir la proyectada estatua sí se llegó a poner la primera piedra y se le dedicó una de las principales calles del centro de la ciudad,⁷⁹ entre el beneplácito de la prensa que consideró, de manera unánime, que era un justo homenaje a la reina que había hecho posible el descubrimiento, además de un símbolo de acercamiento entre España y las república hispanoamericanas.

Entre lo sí llevado a cabo destaca la Exposición de Arte Español. Una iniciativa de la colonia española en México, con el apoyo de los gobiernos español y mexicano, que tuvo un éxito relativo. Tanto por la cantidad como por la calidad de obras expuestas fue mucho más relevante la gran exposición de arte español que había tenido lugar en 1898-1899, en la XXIII Exposición de la Escuela Nacional de Bellas Artes de México, organizada como una especie de desagra-

⁷⁷ “Sección editorial. El monumento a la lengua castellana”, *El Imparcial* (3 mayo 1910).

⁷⁸ “Sección editorial. Españoles y mexicanos”, *El Imparcial* (2 sep. 1910).

⁷⁹ Se puso el nombre de Avenida de Isabel la Católica al conjunto de las antiguas calles de San José del Real, Espíritu Santo, Tercer Orden de San Agustín, Alfaro, Tompeate, Puente de Monzón, Monserrate, Chapitel de Monserrate, Plazuela del Risco, Puente de Carretones y Callejón del Caballero.

vio por la reciente derrota frente a Estados Unidos en Cuba.⁸⁰ Lo mismo cabría decir de las 269 obras enviadas por España a la Exposición Internacional de Arte que, también con motivo de la celebración del Centenario, tuvo lugar ese mismo año en Buenos Aires.⁸¹ Y es que en los comienzos del siglo xx no sólo el mercado bonaerense resultaba más atractivo para los pintores españoles sino que, perdida Cuba y con ella todo el complejo juego geoestratégico que en torno a ella se había visto obligada a jugar la política exterior española, el auge económico argentino convertía a este país en el centro de los intereses españoles en América, muy por encima de México, que lo había sido tradicionalmente. Una preferencia visible también en que mientras la delegación española a México fue presidida por un viejo general, Polavieja, la enviada ese mismo año a Argentina lo fue por un miembro de la familia real, la infanta Isabel de Borbón.

Lo mismo que había ocurrido ya durante todo el siglo xix, la cuestión de España aparecía siempre, en México, entrelazada con la de Estados Unidos. La retórica del enfrentamiento razas latinas/razas anglosajonas, panhispanismo/panamericanismo, se intensificó en las décadas finales del siglo. El fin de la presencia española en Cuba convirtió al imperialismo estadounidense en la única amenaza real a la soberanía de las naciones situadas al sur del río Bravo, particularmente para México.⁸² Si bien

⁸⁰ Véase PÉREZ VEJO, “¿El reencuentro del 98?”.

⁸¹ Sobre el arte español en la Argentina de comienzos del siglo xx véase BALDASARRE, “Terreno de debate”.

⁸² Esto sin contar con que la propia guerra cubana podía ser vista como la victoria definitiva de la raza anglosajona sobre la latina en América del Norte. Una visión no sólo de los conservadores mexicanos sino que

es cierto que la posibilidad de nuevas intervenciones militares se fue alejando a medida que avanzaba el siglo, no lo es menos que parece siguió siendo una amenaza latente para parte de las élites mexicanas. Al menos eso es lo que mostrarían hechos como que Francisco Barrera Lavalle, en un discurso en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística el 28 de abril de 1910 sobre el porvenir de México se viera obligado a “decir algo acerca del peligro que amenaza a nuestra nacionalidad por parte de los Estados Unidos de América”. Es cierto que para rechazar esta amenaza “el dominio de las Filipinas y de Puerto Rico no ha resultado para el imperialismo norteamericano un triunfo muy envidiable”.⁸³ Lo revelador en este caso es que se viera obligado a precisarlo.

Más beligerante era la postura de los sectores conservadores, cuya gringofobia tradicional encontró nuevos argumentos en su oposición al panamericanismo y a la doctrina

está también presente en muchos escritos estadounidenses de la época, por ejemplo en el libro *Las relaciones entre los Estados Unidos y España* del almirante Ensor Chadwick, “La guerra (1898) fue el acto final en la lucha por la supremacía entre los anglosajones y los hombres de raza latina, en el hemisferio de Norte América, en el que Felipe, Isabel, Drake, Howard, Chatham, Vernon, Wolf, Montcolm y Washington, tuvieron cada uno su participación [...] Fue el final de la lucha de razas que se había continuado durante tres siglos” (citado en “Las dos América”, *El País* (9 jun. 1910).

⁸³ Francisco Barrera Lavalle, “El porvenir de la nacionalidad mexicana. Discurso leído en la solemne velada celebrada por la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística la noche del 28 de abril de 1910, en conmemoración del 59º aniversario de su reorganización”. Reproducido en *El Tiempo* (3 mayo 1910).

Monroe, vistos como un instrumento al servicio del imperialismo estadounidense:

Pocas o ninguna son las naciones de este continente que no hayan sufrido un inolvidable agravio de esta doctrina [Monroe]: México estrechado en sus fronteras; Colombia perdiendo una provincia entera; Chile defendiéndose de una cuantiosa reclamación; las islas más bellas y florecientes del archipiélago antillano gimiendo bajo un estrecho protectorado; y, por último, todo Centro América agitado y sacudido por las osadías de un insolente filibusterismo.⁸⁴

Un discurso que se volvió especialmente intenso con motivo de la celebración en Buenos Aires, ese mismo año de 1910, de la IV Conferencia Panamericana y que no resulta nada novedoso respecto a lo que había sido la postura de los conservadores mexicanos, para los que la oposición panhispanismo versus panamericanismo fue durante todo el siglo XIX una de sus señas de identidad más claras y persistentes.

Más novedosa, y de mayores consecuencias fue la evolución respecto a este mismo tema de los liberales. Aunque la prensa más cercana al régimen acogió la celebración de la Conferencia Panamericana con grandes elogios, el panamericanismo dejaba de ser una utopía para convertirse en una gozosa realidad. Los años en torno a la celebración del Centenario marcaron en toda América Latina, no sólo en México, un giro de grandes consecuencias posteriores en el que la oposición a Estados Unidos deja de ser patrimonio exclusi-

⁸⁴ "Notas editoriales. Últimas malaventuras de la doctrina Monroe", *El Tiempo* (3 sep. 1910).

vo de conservadores hispanófilos para extenderse a sectores ideológicos mucho más amplios, aunque no necesariamente ocurrió lo mismo con la hispanofilia. El afianzamiento del discurso latinoamericanista permitió una oposición a Estados Unidos que, a diferencia de lo que había ocurrido con anterioridad, no necesariamente fue hispanófilo.

CONCLUSIÓN

La conmemoración del Centenario de la independencia podría haber sido el momento propicio para haber plasmado un discurso cerrado y concluido sobre lo que era la nación mexicana. Sin embargo, como se ha visto a lo largo de las páginas anteriores, no fue así. Los viejos temas de disenso, de manera más o menos larvada, siguieron presentes. La *pax porfiriana* sólo había logrado atenuarlos. La posterior Revolución optó de hecho por una refundación de la nación cuya radicalidad discursiva resulta, a veces, más retórica que real y cuyas dependencias de los viejos problemas decimonónicos merecen ser estudiadas con más detalle de lo que se ha hecho hasta ahora. El Centenario fue sólo la ocasión para poner en escena, una vez más, los viejos e irresolubles problemas de la identidad.

Y aquí, tal vez, resulten pertinentes dos precisiones más cercanas al campo de la teoría política que al de la historia propiamente dicha.

La primera tiene que ver con la propia idea de que se pueda plasmar un relato cerrado y concluido sobre la identidad nacional, el sueño, más bien pesadilla, de la historiografía decimonónica en el que todavía seguimos presos. Quizás, como supo ver de forma muy temprana, 1882, Ernest

Renan en *Qu'est-ce qu'une nation?*,⁸⁵ el problema sea que es un plebiscito cotidiano. Cada generación tiene la nación que se imagina y la del Centenario fue sólo la de la “generación del Centenario”, una más entre las miles posibles.

La segunda, con la forma en que las naciones han tendido a imaginarse, no sólo en México, proyectos de pasado, legitimados por la historia, más que proyectos de futuro, legitimados por la voluntad cívica de los individuos que las componen. Resulta sorprendente que la retórica del progreso de un régimen como el porfirista fuera incapaz de sacar el debate sobre la nación del campo de la historia y de las interpretaciones históricas. A pesar de la cita de Ignacio Ramírez, de quien no se da el nombre, que Macedo incluyó en su discurso de inauguración del monumento de la independencia, “no somos indios, ni españoles; venimos del pueblo de Dolores, descendemos de Hidalgo”,⁸⁶ este tipo de nación cívica nunca logró imponerse en el imaginario mexicano, quizás porque afirmar que se descendía de Hidalgo era ya también una afirmación en clave histórica.

⁸⁵ RENAN, *Qu'est-ce qu'une nation?*

⁸⁶ “Discurso de Miguel Macedo en el acto de inauguración del Monumento a la Independencia”, reproducido en “La inauguración del monumento a la independencia. Discurso del Sr. Lic. Don Miguel Macedo”, *El Imparcial* (17 sep. 1910). La frase fue pronunciada por el Nigromante en un discurso en la Alameda de la ciudad de México el 16 de septiembre de 1861.

SIGLAS Y REFERENCIAS

AAASCM Archivo de la Antigua Academia de San Carlos de México, D. F.

AZNAR, Yayo y Diana B. WECHSLER

La memoria compartida. España y Argentina en la construcción de un imaginario cultural (1898-1950), Buenos Aires, Paidós, 2005.

BALDASARRE, María Isabel

“Terreno de debate y mercado para el arte español contemporáneo: Buenos Aires en los inicios del siglo xx”, en AZNAR y WECHSLER, 2005, pp. 109-134.

BULNES, Francisco

La guerra de independencia: Hidalgo, Iturbide, México, El Diario, 1910.

CAGIAO, Pilar y Eduardo REY TRISTÁN (coords.)

De ida y vuelta. América y España: los caminos de la cultura, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 2007.

CARREÑO, Alberto María

El peligro negro. Discurso leído... el 28 de abril de 1910 en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, México, 1910.

COSMES, Francisco G.

La dominación española y la patria mexicana, México, Editorial de El Partido Liberal, 1896.

Episodios

Episodios históricos de la Guerra de la Independencia, México, El Tiempo de Victoriano Agüeros, 1910.

GARCÍA, Genaro

Crónica oficial de las fiestas del primer centenario de la independencia de México, México, Museo Nacional, 1911.

GARRIDO ASPERÓ, María José

Fiestas cívicas históricas en la ciudad de México, 1765-1823, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2006.

LEMPÉRIÈRE, Annick

“Los dos centenarios de la independencia mexicana (1910-1921): de la historia patria a la antropología cultural”, en *Historia Mexicana*, XLV:2(178) (oct.-dic. 1995), pp. 317-352.

MAQUEO CASTELLANOS, Esteban

Algunos problemas nacionales, México, Eusebio Gómez de la Puente, 1909.

O'BRIEN, Conor Cruise

Ancestral Voices. Religions and Nationalism in Ireland, Chicago, University of Chicago Press, 1994.

PÉREZ VEJO, Tomás

Nación, identidad nacional y otros mitos nacionalistas, Oviedo, Nobel, 1999.

“¿El reencuentro del 98? Pintores españoles en la XXIII Exposición de la Escuela Nacional de Bellas Artes de México de 1898-1899”, en CAGIAO y REY TRISTÁN, 2007, pp. 89-102.

España en el debate público mexicano, 1836-1867. Aportaciones para una historia de la nación, México, El Colegio de México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2008.

RENAN, Ernest

Qu'est-ce qu'une nation?: conférence faite à la Sorbonne, le 11 mars 1882, París, Calman-Levy, 1882.

RIVA PALACIO, Vicente

México a través de los siglos, t. II. *El virreinato*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, INAOE y El Colegio de Jalisco, 2007.

Romancero

Romancero de la Guerra de la Independencia, México, El Tiempo de Victoriano Agüeros, 1910.

SIERRA, Justo

México y su evolución social, Barcelona, Ballescá y Compañía, 1900-1902.

Evolución política del pueblo mexicano, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1957.

VILLASEÑOR Y VILLASEÑOR, Alejandro

Biografías de los héroes y caudillos de la independencia, México, El Tiempo de Victoriano Agüeros, 1910.

